

ser juzgados ni según nuestros principios ni según nuestras costumbres. Ante todo, débese recordar el siglo y circunstancias en que vivía Gregorio, la situación y constitución de la Iglesia, sus relaciones con el Estado y sus desórdenes; débense examinar atentamente las costumbres del clero, su espíritu, su tendencia, su rudeza, su degeneración, su olvido de todo deber y de toda disciplina, su ignorancia al lado de su orgullo; es necesario formarse una idea clara de la situación de la Alemania, comprender el carácter de Enrique su adversario, y solo entonces podremos juzgar á Gregorio; siguiendo esta senda, considerando sus pensamientos, sus actos, sus votos, sus esfuerzos relativamente á su siglo, se forma, hallándose exento de preocupaciones, un juicio enteramente distinto del de aquellos hombres que pretenden prescribir por regla al Pontífice, las miras é ideas de su siglo.

»Para alcanzar el objeto que se propuso Gregorio, no podía obrar de otro modo del que lo hizo; pues al fin y al cabo para ser Papa debía obrar como tal; sus actos debían distinguirse de la multitud y de los de sus antecesores, queriendo elevarse sobre todos y ser un grande hombre.

»San Gregorio hubiese escogitado medios no conducentes á la realización de su plan, si no hubiese estudiado las circunstancias ni tenido cuenta de su época; si hubiese cometido graves faltas en la ejecución, podría acusarse á su talento, á su cabeza, jamás á su corazón, siendo así que precisamente eleváronse todos contra su habilidad sin querer convenir por ello en la bondad de su alma. El genio de Gregorio, abrazaba y debía abrazar todo el mundo cristiano, en cuanto la independencia de la Iglesia era una idea general; su acción debía ser enérgica, en cuanto obraba *en su siglo*; y su fe y su convicción debían ser lo que eran, en cuanto las habían engendrado el curso de los acontecimientos.»

A estas palabras añadiremos únicamente que se le combatía con rocas y que se defendía con montañas.

El lenguaje que acabamos de oír en boca de un protestante, ¿no nos revela por ventura los venideros progresos de la verdadera luz y de los santos principios de nuestro catolicismo?

Citaremos ahora algunas reflexiones que hallamos en la excelente obra de M. Gosselin, digna en verdad del aprecio del públi-

co; dice dicho autor, que Fenelon fué el primer escritor católico en exponer por *el derecho de la edad media*, la doctrina que implica la conducta de los papas y de los concilios, cuya autoridad no vaciló en deponer á los príncipes temporales; y continúa en estos términos: «Confesaremos que el tono firme y seguro con que se expresa en este punto ha sido el verdadero origen de las investigaciones á que nos hemos dedicado hace algunos años, para aclarar tan importante asunto.»

Acerca de las máximas que dominaban en la época de Gregorio VII, M. Gosselin observa, con grande acierto, que dicho Papa *no llevó mas lejos* que sus predecesores, los principios de que se trata, contentándose con aplicarlos mas rigurosamente en atención á las circunstancias.

M. Gosselin cita gran número de hechos, y dice: «De la exposición de estos hechos resulta que el poder ejercido sobre los soberanos, por los papas y concilios *de la edad media*, no puede considerarse como una usurpación de la autoridad eclesiástica en perjuicio de los derechos de los reyes; pues es indudable que los papas y concilios que ejercieron aquel poder no hicieron mas que seguir y aplicar ideas universalmente admitidas no solo por el pueblo, sino tambien por *los hombres mas ilustrados y virtuosos.*» M. Gosselin pide que se consulten sobre esto las obras de Bossuet, de Fleury, de Pfeffel, etc.

La obra de M. Gosselin, sembrada de argumentos ciertos y razonados, quedará como un monumento de lógica clara y de fina discusión, y como la mejor refutación de los desordenados ataques de muchos escritores políticos modernos, á quienes *la edad media* inquieta, atormenta y priva de todo sentimiento razonable.

Venga ahora el libro *Del Papa* de M. Maistre, como la *reserva* del ejército, y como los escogidos entre los valientes, á descargar los últimos golpes. Preséntase la *Legión fulminante* de Marco Aurelio para decidir la victoria.

Antes rogaremos al ilustre piemontés, que nos permita introducir en esta discusión cuanto ha dicho aplicable á Gregorio VII y á los papas de igual carácter.

Hemos escuchado al conciliador y generoso M. Voigt, ayudado por el animoso M. Jager; al circunspecto M. Gosselin, que une la

dulzura á la fuerza; la verdad nos ha hecho oír sus aseogadas palabras; ahora oiremos su voz atronadora.

He aquí ante todo una regla general que puede considerarse como la luz del rayo precursora del trueno: «Durante diez y ocho siglos, los papas no han cesado de decidir toda clase de cuestiones con una prudencia y justicia verdaderamente milagrosas, en cuanto sus decisiones se han manifestado siempre independientes del carácter moral y de las pasiones del oráculo que es un hombre, de modo que no pueden admitirse en contra de los papas un corto número de hechos equívocos, sin violar las leyes todas de la probabilidad, que son sin embargo las reinas del mundo.»

M. de Maistre no retrocede ante dificultad alguna, y acepta las definiciones más maliciosas de sus adversarios, para combatir las tales como lo presentan.

«Los papas han luchado alguna vez con soberanos, jamás con la soberanía, y el mismo acto por el que absolvían á los súbditos del juramento de fidelidad, declaraba la soberanía inviolable; los papas advertían á los pueblos que ningun poder humano podía alcanzar al soberano cuya autoridad quedaba suspendida por un poder divino, de modo que sus anatemas, lejos de debilitar el rigor de las máximas católicas acerca de la inviolabilidad de los soberanos, dábanlas por el contrario una nueva sancion á los ojos del pueblo.

»En el siglo undécimo, los papas eran universalmente reconocidos como delegados de la Divinidad, de la cual emana la soberanía, los más grandes príncipes buscaban en la consagracion la sancion, y por decirlo así, el complemento de su derecho, y el primero de los soberanos, segun las ideas de la época, el Emperador aleman, debía ser consagrado por las mismas manos del Papa, recibiendo de él su carácter augusto, y no siendo realmente Emperador sino por la consagracion.»

«.....Las excomuniones de los papas no han irrogado perjuicio alguno á la soberanía en el ánimo de los pueblos; sino que por el contrario, reprimiéndola en ciertos puntos, haciéndola menos feroz y ménos déspota, refrenándola por su propio bien, que ella misma ignoraba, diéronla un carácter mas venerable; hicieron desaparecer de su frente el antiguo sello bestial para sustituirlo con el de la

regeneracion, y la convirtieron en santa para hacerla inviolable. Nueva é irrecusable prueba entre mil, de que el poder pontificio ha sido siempre un poder conservador.

»...Reflexiónenlo actualmente los príncipes, que dando fé á los que procuraban asustarles con el poder que molestara á sus antecesores hace mil años, pero que divinizara el carácter soberano, han caído en el lazo que tan hábilmente se les tendía; han consentido en ser otra vez arrastrados á la tierra y han quedado no siendo mas que hombres.»

M. de Maistre tiene razon; cuando no se quiere á un rey, se toma por pretesto una batalla perdida ó una victoria alcanzada; se le arroja, y este gran castigo se atribuye al pueblo que obra *como soberano*, y que bajo otro aspecto y otras formas, *excomulga* á aquél cuyo lugar quiere ceder á un nuevo señor.

»Oigamos á Voltaire, dice M. de Maistre, á Voltaire, cuyo buen sentido natural hace deplorar aun más la pasion que varias veces le ciega, y que dice estos mismos términos:

»*De la historia de aquella época, resulta que la sociedad tenia muy pocas reglas ciertas en las naciones occidentales; que los Estados tenian muy pocas leyes, y que la Iglesia deseaba suministrarlas.*»

M. de Maistre continua así: «Entre todos los pontífices llamados á tan grande obra, álzase magestuosamente la figura de Gregorio VII.

«Gregorio no confiaba demasiado en sí mismo, cuando atribuyéndose con la íntima persuasion de su fuerza, la mision de instituir la soberanía europea, jóven aun en aquella época y en el ardor de las pasiones, escribia estas notables palabras: «Cuidamos con el auxilio divino, de dar á los emperadores, reyes y demás soberanos, las armas espirituales que necesitan para calmar en ellos las furiosas tempestades del orgullo.»

«Es decir, les enseñó que un rey no es un tirano.»—¿Y quién se lo habria dicho sino él?

«Maimbourg se queja amargamente de que el carácter imperioso é inflexible de Gregorio VII no le permitiese unir á su celo la sublime moderacion de sus cinco antecesores.

«Por desgracia, la sublime moderacion de aquellos pontífices

nada corrigió, y no hubo quien no se burlase de ellos; la violencia jamás fué refrenada por la moderacion y las potencias jamás se neutralizan sino por esfuerzos contrarios. Los emperadores se dejaron arrastrar contra los papas á excesos que se pasan siempre en silencio, y se abultan actos de estos algo exagerados presentándolos como delitos; sin embargo, esta es la suerte comun á las cosas humanas; nunca se ha formado constitucion alguna, nunca ha tenido lugar una amalgama política sin que se hayan mezclado distintos elementos que chocando en un principio entre sí, han acabado por penetrarse y equilibrarse.»

«...En una palabra, la Iglesia, humanamente hablando, se hallaba en la agonía; no tenia ya forma, ni disciplina, y en breve hubiera perdido hasta su nombre, sin la intervencion extraordinaria de los papas, que sustituyéndose á autoridades extraviadas ó corrompidas, gobernaron de un modo mas inmediato para restablecer el orden.»

«La monarquia europea habria muerto para siempre, si algunos detestables soberanos no hubiesen hallado en su camino un obstáculo terrible, y concretándonos á Gregorio VII, paréceme imposible que haya hombre equitativo que no suscriba al leal juicio que forma de aquel pontífice el historiador de las revoluciones de Alemania. «La sola exposicion de los hechos, dice, demuestra que la conducta del papa fué la que todo hombre dotado de un carácter firme é ilustrado habria observado en iguales circunstancias.»

«El saqueo de Milan, uno de los más horribles acontecimientos que presenta la historia, bastaria *por sí solo*, segun Voltaire, para justificar cuanto hicieron los papas. (Federico Barbaroja arrasó la ciudad de Milan en 1162).

«Los pueblos todos colocan en primer lugar entre los grandes hombres á los afortunados ciudadanos que han recibido el honor de libertar á su país del yugo extranjero; héroes si triunfan, mártires si perecen, sus nombres pasan á la posteridad; sin embargo la estupidez moderna quisiera exceptuar á los papas de la universal apoteosis, privándoles de la gloria que como príncipes temporales les es debida, por haber trabajado sin descanso en la emancipacion de su patria. Fácil es concebir que algunos escritores franceses se nieguen á hacer justicia á Gregorio VII, pues teniendo de-

lante de los ojos preocupaciones protestantes, filosóficas, jansenistas y parlamentarias, ¿qué pueden distinguir á través de esta cuádruple venda?»

Atribúyese á San Gregorio VII un libro titulado: *Dictatus papæ*, y M. Voigt despues de copiar las veinte y siete sentencias que contiene, dice: «Nada hay en estos principios que Gregorio no haya sostenido ó al menos sancionado tácitamente; poco importa pues indagar el nombre de su autor, mas conviene advertir que si el pontífice los hubiese escrito por sí mismo, los habria colocado en mejor orden.» El erudito traductor de M. Voigt, el abate Jager, recomendable eclesiástico que con tanta buena fé nos ha hecho conocer tan exactamente el talento del publicista protestante, hace con este motivo una acertada y justa observacion: dice, que á ser mas conocidas las capitulares de Carlo-Magno; hubieran causado aquellos principios mens admiracion, en cuanto dimanaran de ellas, siendo preciso recordar que Carlo-Magno, *obispo del exterior* dirigia á los mismos obispos exhortaciones llenas de fuerza y de verdad, para inspirar á todos los ánimos el amor á la Santa Sede y la veneracion debida al *obispo universal*.

Tenemos de Gregorio VII nueve libros de *Epistolas*, escritas desde 1073 á 1082, las que se hallan insertas en todas las colecciones de los concilios; encontrándose tambien algunas en la *Bibliotheca Floriacensis* de Juan Dubois y en las colecciones de Martene, de Achery y de Ughelli. Así durante su vida como despues de su muerte, fué la conducta de este Pontífice atacada por las mas insignes calumnias, siendo uno de sus calumniadores contemporáneos el cardenal Bennon, quien escribió una historia de Gregorio VII que rebosa hiel, impresa en Hanau en 1611, en 4.º Al mismo tiempo en que Bennon compuso su perniciosa obra, San Anselmo obispo de Luca, salió á la defensa de Gregorio, pudiéndose leer su panegírico en Canisio, tomo VI. La vida del mismo Pontífice fué escrita cuarenta años despues de su muerte por Pablo Benried, canónigo regular, obispo de Augsburgo, é impresa en Ingoldstadt en 1610, en 4.º, y en Augsburgo durante el mismo año con notas del padre Gretser.

Bellarmino en su lib. IV de los pontífices romanos, cap. 13, refuta á los calumniadores modernos, y el mismo Gretser en una

apolojía de Gregorio, cita la opinion de cincuenta panegeristas de aquel Papa.

Gotti y de Enghien publicaron mas tarde su admiracion y sus alabanzas, imprimiéndose además otra *vida de Gregorio* en Francfort, durante el año 1581. Muratori ha citado las *historias* escritas por Pandolfo de Alari y Nicolás de Rosellis, y existe tambien una vida de Gregorio VII compuesta por Justo Cristóbal Ditmar, Francfort, 1710, en 8.º

En 1837, M. Vidaillan publicó una vida de Gregorio VII, dos tomos en 8.º, donde el autor habla de las innumerables diferencias que existieron entre Gregorio VII y el *Emperador* Enrique IV; es de extrañar que M. Vidaillan haya dado constantemente á este el título de *Emperador*, cuando en las muchas citas latinas, vertidas fielmente por el autor, que se leen en el curso de la obra, no se dá á Enrique mas calificación que la de rey.

En la pág. 466 del tomo II, M. Vidaillan refiere la coronacion de Enrique por el anti-papa Guiberto; luego el rey fué coronado únicamente por un intruso, y fué en 1084, es decir, en el momento en que el Papa legítimo, agobiado de tribulaciones, estaba próximo á expirar. En el mismo tomo II, M. Vidaillan aunque no muy bien dispuesto en favor de Gregorio, cita el juicio de Bayle acerca de dicho Pontífice, del cual copiaremos tambien algunos párrafos. M. Vidaillan habla de los escritores que han comparado á Gregorio con los conquistadores.

«Me sirvo con tanta mayor confianza de esta comparacion, dice Bayle, en cuanto estoy persuadido de que la obra de la conquista de la Iglesia, á exigido tanto valor y tanta habilidad como la del mas vasto imperio.

«La autoridad á que se elevaron los papas es mas digna de admiracion que la colosal monarquía de la antigua Roma; de modo que puede asegurarse que la Providencia habia destinado á aquella ciudad para ser, de dos modos distintos, la cuna y el gran centro de las altas calidades, indispensables para formar un gran estado... Que la antigua Roma, honrando únicamente las conquistas y la gloria militar, haya subyugado á tantos pueblos, es bello y heróico á los ojos del mundo; pero causa poca sorpresa, al reflexionar detenidamente sobre ello. Mayor admiracion infunde el ver

á la nueva Roma adquirir un poder ante el cual debieron humillarse los mas invencibles monarcas, pues puede decirse sin temor de equivocarse que Emperador ni rey alguno ha hecho frente á los Papas que no se haya visto muy perjudicado de su resistencia, y aun en el día las querellas de los principes con la córte de Roma terminan casi siempre en contra de ellos; siendo harto recientes los ejemplos para que haya necesidad de citarlos. Segun el mundo, semejante conquista es mas gloriosa que las de Alejandro y de César, y por esto Gregorio VII que fué su principal promovedor, debe ser colocado entre los mas insignes conquistadores.»

No seremos nosotros, dice un escritor, quienes adoptemos la calificación dada á Gregorio VII en el diccionario del autor protestante; Gregorio VII no ambicionaba la gloria, no deseaba conquistar; queria sí civilizar á los reyes, para que su ejemplo al descender á los pueblos, engendrara dias de paz, de orden y de felicidad pública. Enrique IV pretendia ser Papa y Emperador, y no era ni lo uno ni lo otro, habiendo mejorado sensiblemente la vida y las costumbres de Europa la resistencia opuesta á sus pretensiones. El título de conquistador, en la acepcion recibida por Alejandro y César, es inaplicable á Gregorio VII, más si absolutamente se quiere calificarle así, consentimos en reconocer que *conquistó* el imperio del bien contra el del mal; que sometió por algun tiempo á los malvados, traidores é intrusos; que sitió los receptáculos de los vicios, y finalmente, que venció, en batalla campal, las devoradoras ambiciones, los asesinatos, las guerras civiles, y el siglo entero de abominacion en que los criminales, *convertidos en retóricos*, llevaban alta la frente, debiendo por fin doblegarla ante el hombre de genio que las naciones llamaban en su auxilio, y que, mereciendo ser honrado por todas, no habria debido verse tan injustamente insultado por la historia.

«Antes de concluir, debemos dar algunas noticias acerca del antipapa Guiberto Correggia, nacido en Parma, y llamado por sus partidarios Clemente III; creado arzobispo de Ravena por Alejandro II, y canciller luego por Enrique IV, este prelado era elocuente y erudito. Algunos autores le creen de humilde cuna, al paso que otros le hacen descender de los condes de Augsburgo, cuestion de la que no nos ocuparemos por su frivolidad.

»Dicha familia, después de seguir el bando de los gibelinos hasta en 1247, abrazó en seguida el partido de los güelfos; un general de la misma casa, que sirvió á la república de Venecia, mereció que se le erigiera en aquella ciudad una estatua pedestre de mármol.

»Clemente, excomulgado varias veces por Gregorio VII, mantuvo durante veinte años, el cisma que se prolongó por espacio de cincuenta, bajo los cinco pontificados siguientes: hasta el de Calixto II, y murió de muerte repentina en 1100; su cadáver, enterrado en Ravena, fué, seis años después, llevado lejos de aquella ciudad, por orden de Pascual II, el cual queria destruir entre el pueblo el rumor propalado por algunos impostores, de que se veían en el sepulcro de Clemente vivos rayos de luz, signos de su santidad.

»Después de la muerte de Gregorio VII, la Santa Sede quedó vacante por espacio de un año; este Papa, como Silvestre II, pronunció el terrible nombre de *Cruzadas* y si estas, como es imposible dudarlo, han producido algun bien á la Europa, débese al genio de Silvestre II, y á la prevision política de Gregorio VII.

»Tiempo ántes, éste habia ordenado tres ayunos de cinco años, para el miércoles y viernes de cada semana, á fin de atraer el auxilio de Dios sobre la Iglesia de Jerusalem. (Véanse los manuscritos de Pedro el Chantre, religioso de la abadía de Long-Pont, el cual florecía en 1187).

»Platino, que pasa por enemigo de los papas en muchas ocasiones, juzga del modo siguiente al gran Hildebrando: «Fué un hombre agradable á Dios, prudente, justo, clemente, protector de los pobres, de los huérfanos y de las viudas, el único, el más fuerte y el mas valeroso defensor de la Iglesia romana contra la malignidad de los herejes y el poder de los malos principes que pretendian apoderarse, por medio de la fuerza, de las cosas eclesiásticas.» Platino, pág. 337.

»Habiendo hablado tanto de la excomunion, conviene decir lo que habia sido y lo que era; la excomunion estaba en uso entre los griegos, los romanos y los galos, y César describe en terminos precisos la pena de entredicho, fulminada por los druidas. En la primitiva Iglesia los obispos anunciaban á los fieles el nombre del que

era excomulgado, y les prohibían toda comunicacion con él, y á mediados del siglo nono, rodeóse el acto de fulminar la excomunion de cierto terrible aparato; doce sacerdotes sostenían en la mano un cirio encendido, que arrojaban al suelo y pisoteaban, luego que el obispo habia pronunciado la fórmula de excomunion. La palabra *anatema* significaba antiguamente *consagrado, ofrenda puesta á parte, cosa separada, destinada*, mas después equivalió únicamente á *separado*; el anatema separa de la congregacion y del trato de los fieles, comprendiéndose en el siguiente verso latino cuanto prohíbe la excomunion.

Os, orare, vale, communio, mensa negatur;

es decir, priva la conversacion, la oracion, el saludo, la comunion y la mesa.

»Recordemos aquí la circunspeccion de la corte romana, cuando indignamente ultrajada en 1809, lanzó una excomunion, en la que podia con facilidad reconocerse, á pesar de no haber sido el nombrado, aquel contra quien iba dirigida.

»Roma, defiende siempre la elevada moral de nuestra santa religion que comprende todas las virtudes de paciencia, de generosidad y de prudencia, que es permitido á los hombres atesorar en la tierra.»

Por otra parte el mismo distinguido escritor español, Sr. Moreno Cebada, historiando los concilios de la época de San Gregorio VII, se expresa de la manera siguiente:

«San Gregorio VII convocó en Roma, en los últimos dias de Febrero del año 1075 y á fin de que aquella asamblea fuese muy importante invitó á un gran número de obispos de diferentes provincias. De la Alemania un gran número de obispos de acusaciones hechas contra ellos, á saber: para responder á las Strasburgo, como así mismo á Eres los obispos de Bamberg y de Maguncia, dirigiéndose el mismo Enrique de Espira y Segifredo de las provincias más lejanas de España mandato á diferentes obispos de ses y lombardos. Francia, Gran Bretaña y á muchos franceses.»

»Por una carta dirigida por Gregorio á Hugo, abad de Cluni, se vé cuán grande era la que por Gregorio á Hugo, abad de Cluni, del lamentable estado que sufría el Pontífice á causa de aquella época presentaba la cristian-